

**Victor
Alba
El
Pájaro
Africano**



Barcelona en 1938. Ramón Milá, un joven de dieciséis años amigo de un militante del POUM que acaba de ser detenido por la policía, por solidaridad con él, a pesar de que en principio carece de convicciones políticas, se ve empujado a la acción clandestina.

En un escondite donde imprimen en secreto propaganda subversiva, convive con una muchacha, Lena, de la que todos desconfían como posible traidora, y así, en estas circunstancias tan dramáticas, nace un gran amor entre los dos protagonistas que aparentemente no tenían nada en común.

La historia de este amor se prolonga en los años de la posguerra y se ilumina inesperadamente con las revelaciones que hace Lena sobre su vida anterior en la Alemania prenazí.

La acción desemboca en un dilema patético que hace incompatible el modo de ser de los personajes con sus anhelos de felicidad. La novela de amor amplía su alcance, injertando su tema en el documento histórico y el alegato político, pero todos los aspectos de la obra acaban revirtiendo en una constante preocupación por la muerte y el sentido que pueda darse al vivir.

Para Loute

NOTA DEL AUTOR

Los nombres de personas y de ciertos lugares son ficticios. Los hechos lo son mucho menos. El empleo de palabras y giros catalanes castellanizados es voluntario, porque así hablaban los barceloneses de origen no catalán.

Kent (Ohio) - Ribes (Barcelona), 1974-75

1938

LE DIRÉ: han detenido al Cachi. Y para que vea que no soy de la poli: yo trabajo con él... Pero no me hará caso... Aunque, sí, ahora ya parezco de la quinta del biberón... Bueno, y cuando se lo diga y se marche ¿qué? Claro ya se ocuparán del Cachi... Se acabaron sus gritos de ¡Chaval, despiértate!... Y sus Ramoncete cuando quería cabrear-me... Ahora podré hacer lo que quiera, porque fuera del tío que me da el sobre con la paga, nadie sabe nada de mí aquí... Podré escabullirme cuando cerremos, y seguir a una de esas pájaras que van a Santo Domingo del Call... Con el Cachi no había manera. Cristo, me vigilaba como una madre... Bueno, mi madre no tenía ánimos para vigilar-me ni me dejaba tiempo... que la cola para la leche, que ir a buscar las medicinas al cuartel de Tarragona, que ir a cobrar...

¿Dónde estará el Cachi? Dicen que los torturan, que los cuelgan por los huevos y que no los dejan dormir... Con lo que me costaba despertarlo a mediodía... No tengo llave del piso... Bueno, saltaré por el patio. Pero a lo mejor la poli está allí, como está ahí, detrás de la puerta del taller. No, el Cachi no les habrá dicho que vivía en mi casa... decía que era para cuidarme, pero qué va, era para no estar en su casa, porque la policía debía de saber dónde era... Total... A lo mejor algún vecino ha cantado y les ha contado que en vez de la casa de atrás dormía en mi casa... Y es tan fácil ir de una a otra... sólo atravesar el patio y saltar la barda. Bien que lo hacía cuando venía a preguntar por mi padre. Algún vecino debió de verlo. Por eso los chavales de la calle siempre me preguntaban por él, los cabrones, como si hubiera algo de malo en que fuese amigo de mi padre y de mi madre...

Ahí viene. No, no es él. ¿Cómo se llamará? Nunca oí su nombre. Y parece un señorito, con sus zapatos y su corbata. Claro que ahora todos son señoritos. Hasta sombrero llevan algunos. El Cachi se ponía furioso cuando los veía con sus mujeres al lado, con el sombrero... como aquella noche que pasamos por la calle Femando y se quedó mirando un escaparate con sombreros de mujer y bolsos de mujer, y me dijo: Mira, el cabrón de Negrín ha dado orden a los funcionarios que hagan llevar sombrero a sus mujeres... A lo mejor por eso lo han detenido... No, porque todo el mundo habla mal de Negrín y no detienen a todo el mundo. Debe de haber hecho algo más gordo. ¿Qué? ¿Comprar tabaco de estraperlo? Bueno, eso también lo hacen muchos y no los detienen... Mucho más gordo. El Cachi los tiene bien puestos. Mi padre siempre lo decía. No dirá dónde dormía y no estará la policía en nuestra casa... Pero ¿y si le pegan mucho? No parece un boxeador el pobre. El Quico de la linotipia siempre le gritaba que con el peso de la cachimba se iba a caer de morros.

Ese señorito se retrasa. Siempre venía a las once en punto. Algo debían de llevarse entre ellos. Y lo primero que le han preguntado al Cachi ha sido por el enlace... Ése será el señorito. Qué cara de bobo puso, él que siempre se cree el más listo. Pero bien que adiviné que no quería que la poli cogiera al señorito. Quién sabe si me creará cuando le cuente... Probablemente, nunca le habló de mí. Y como siempre se encontraban en el zaguán, no me habrá visto nunca. ¡Bobos! Se creían que nadie se enteraba de sus citas dos veces por semana. Todos lo sabíamos. Estraperlo, decían burlándose, porque él se las da de muy puro. Pero lo es... Fuera del tabaco, nunca compra nada de estraperlo. Aunque no dio de baja del racionamiento a mi madre, cuando se murió, y ahora tenemos su ración... Suerte que el tendero no chista.

Ese señorito de mierda me tendrá aquí toda la noche... Pero no puedo dejarlo llegar al taller, a que lo pillen esos

dos del bigotito. Ésos sí que son señoritos. El otro más bien parece un médico o un estudiante... Se ve que no está en el frente por la vista, con esos lentes tan gruesos... Deben de llamarlo el Gafas, como al hijo del traperero, que nunca se pelea porque tiene miedo que se le rompan las gafas.

Ahí viene el Cuatro ojos... No debe de ser él, está siguiendo a esa pájara del jersey verde... Sí que es él. ¿Por qué me meto en líos? Mejor lo deajo y que se las apañe...

—Oye...

El tipo aquel, en su gabán largo, muy abrochado, ha tenido un sobresalto. Se ha quedado inmóvil y no echa a correr porque se da cuenta de que quien le habla es un muchacho y no un pasma. Pero no contesta.

El chico lo mira un momento; como no hay luz en la calle, casi no lo ve. Es alto, delgado, con el cabello muy brillante y ondulado. Y gruesos lentes. Es todo lo que distingue.

Quiere asegurarse.

—Tú eres el que va a ver al Cachi, ¿verdad?

Silencio.

—Pues no vayas. Porque lo han detenido hace un rato. Y los polis están en el taller, esperándote.

—¿Quién te dijo que me avisaras?

—Nadie. ¿No es eso lo que me habría pedido el Cachi, si hubiese podido hablarme? Pues por eso estoy aquí... No seas sonso, hombre, que no me manda la poli...

Y se echa a reír sin ganas. El otro sonrío. Tiene unos dientes de oro. Han ido acercándose a la esquina, donde hay un farol con los vidrios pintados de azul, cuyo cono de luz cae ahora sobre los dos rostros.

—Bueno, gracias.

—Espera. Tenéis que hacer algo por él. No sé dónde se lo han llevado. Pero vosotros podéis averiguarlo y sacarlo.

—Bueno, se hará lo que se pueda. Gracias por avisarme... ¡Salud!

Se aleja. El chico se queda mirándolo. Hace fresco en esa madrugada de setiembre y, con su mono y nada más, tiene un escalofrío.

El otro se ha parado en la acera del otro lado de la Boquería. Se vuelve y hace un ademán. Ven... Mira a los lados. No hay nadie.

—Sígueme desde lejos y hablaremos.

Qué desconfiado ése. Ni que fuera una novela de espías.

Va hacia las Ramblas, luego tuerce por Cardenal Casañas (que ahora tiene otro nombre), por el Pino, y en Portaferrissa se detiene, como buscando a alguien. No hay ningún bar abierto a esas horas. ¿Adónde irá? Sube por las Ramblas, tuerce hacia Canuda y se detiene ante un gran portalón cerrado. Empuja la puerta pequeña y espera a que el chico se acerque y le hace señas de que entre. Suben una ancha escalera. Un palacio de señores. Pero arriba no hay criados, sino tres o cuatro viejos sentados en desvencijados sillones oscuros, de esos de despacho de jefe, hablando a gritos.

—Siéntate, ahora vuelvo...

Debe de haber ido a telefonar. Le diré que hay que sacar al Cachi de ese lío. Que me dé una pistola, y con unos cuantos chavales del barrio lo salvamos. Nos apostaremos en una esquina y cuando se distraiga el centinela, le pondré la pipa detrás, en los riñones, le obligaré a que nos abra la puerta, entraremos y empezaremos a sacar a todos los presos... ¿Cómo hacerlo para que no salgan los fachas? A lo mejor no hay fachas y todos son amigos del Cachi... Cuando estemos en la calle, le diré: Ya ves que no soy tan bruto como crees... A lo mejor, me deja la pistola y con los chavales nos dedicamos a sacar a otros detenidos... El Cachi, hablando con los del taller, decía que cada día había más obreros detenidos... Eso se parece a lo que decía mi padre antes que comenzara la guerra. En vez de detener a los fachas, detienen a los militantes... ¿Militantes o milita-

res? No, militantes... En nuestro sindicato tenemos a cinco detenidos, y eso que no hay huelga ahora. ¿Por qué no vais a sacarlos? Porque ellos tienen mosquetones y nosotros sólo unas cuantas pipas. Y porque algún día saldrán. Todos hemos estado en la cárcel, de vez en cuando, y siempre hemos salido. Pero ahora es distinto. No salen... El Cachi dijo en el taller que habían matado a tres. ¿Van a matar también al Cachi? Y le diré, cuando lo saque: Ese estudiante no sirve, cualquiera puede ver que mira a todos lados y que el miedo se lo come. Tenéis que cambiarlo. Y él me pedirá tabaco. Por lo menos, si no podemos sacarlo, tenemos que llevarle tabaco...

—Bueno, ya he avisado.

El estudiante se ha sentado, sin hacer ruido, al lado del chico, en un sofá verdusco, muy duro.

—Y ahora dime quién eres tú. El Cachi nunca me había hablado de ti.

—¿Por qué iba a hablarte de mí? Bueno, es igual. Yo soy... Eso parece una novela de detectives, sólo que los malos son los buenos y la policía son los malos... Me llamo Ramón Milá. Mi padre y el Cachi son los dos de artes gráficas, vivimos en casas que se tocan por la espalda... por el patio, quiero decir, y son amigos desde antes de que yo naciera, aunque son de sindicatos que se pelean...

—¿Trabajas con él?

—¿Con el Cachi? Sí... Me estaba enseñando el oficio...

El estudiante hizo un breve movimiento con el pie. Ramón se había fijado que cada vez que tenía que hablar, movía el pie. El zapato, muy brillante, oscilaba en la sala mal alumbrada. Ese tipo tiene miedo, pensó. Por eso está tan serio... Se acordó que el Cachi estaba detenido y se le quitaron las ganas de seguir fijándose en el tipo.

—¿Vais a hacer algo para sacarlo? Dicen que los torturan.

—No se puede hacer nada. Cualquiera que se interesara por él acabaría detenido. Tú mismo... No lo hagas. Ade-

más, aún no sabemos dónde está. Pero avisaremos al extranjero, a París, y de allí se interesarán. Es lo único que se puede hacer. —Una pausa y, sin mirarlo, agregó—: Él ya sabía a lo que se exponía. Y a lo que te exponía.

—¿A mí? Yo no sé nada de sus líos políticos. No me meto en eso...

—No le hace. Si te echan mano, no se lo creerán.

El pie volvió a oscilar varias veces.

—Por esto te he hecho venir...

Ha dicho: Te he hecho venir... como si diera una orden. Ese tío es un mandón.

—Para decirte que no debes ir a tu casa esta noche.

—¡Ah, no! ¿Pues adónde?... Además, ellos no saben que el Cachi vive en mi casa.

Las cejas del otro se alzaron, interrogantes. Uno de los cristales de las gafas lanzó un destello cuando movió la cabeza. Le he sorprendido.

—Sí, desde que se murió mi madre... Bueno, poco después.

—¿Desde cuándo exactamente?

—Desde... déjame ver, estamos en setiembre... mi madre murió en marzo y el Cachi venía a verme todos los días, por la mañana... Basta con saltar una tapia baja que separa los dos patios... Me puso a trabajar con él, porque no teníamos ni un céntimo.

Sintió una súbita necesidad de explicarse, no sabía por qué, puesto que el gafas aquel le resultaba antipático, con su aire de mandón, su manera tajante de hablar.

—Mi madre trabajaba en unos almacenes desde que mi padre se fue al frente, el año pasado. Está en Andalucía, no sé dónde. El Cachi le escribía y yo le daba mis cartas para él. Debe de estar en alguna cosa secreta o algo así... Pero en junio dijo que era mejor que durmiera en mi casa, trajo su ropa y ahí estaba...

—Desde junio, ¿eh? Fue un idiota...

—Qué va. Era más inteligente que mi padre. Mi madre siempre lo decía.

Se dio cuenta de que había dicho «era» y se sobresaltó.

—Creyó que bastaba con saltar la tapia para ocultarse. Pero los vecinos deben de saberlo y alguno se lo dirá a la policía. —No dijo la poli, como todos, sino policía. Ese tipo nunca debe de soltar tacos. Es un señorito—. Hubiera debido ir a vivir a algún otro lugar donde no lo conocieran.

—No podía.

—¿Por qué no?

Ahora lo vio claro y lo soltó de golpe.

—Por mí. Quería hacerme como de padre o algo así. Y no quería que me acojonara. Por eso me llevó a trabajar con él.

El Gafas vio la calle de Baños Nuevos y cómo iba por ella todas las noches, para meterse en *La Batalla*, cuyas máquinas parecían recibirlo, con su susurro metálico ya desde la esquina. Y vio al Cachi en la platina, y lo oyó gritar: Noi, me faltan diez líneas... y ponerse él a la máquina para enviarle las diez líneas de frases hechas: «La revolución es la única manera de ganar la guerra. Quienes se oponen a la revolución quieren la victoria del fascismo...», y otras cosas por el estilo. ¿Lo creía todavía? Bien debía de creerlo, puesto que en el bolsillo llevaba un montón de cuartillas con frases semejantes.

—Bueno, ya no hay remedio. Ahora hay que decidir qué hacemos contigo.

—Nada. Me voy a casa y espero que el Cachi vuelva pronto.

—Ni pensarlo. Te detendrían mañana mismo. A lo mejor ya hay policías esperándote. En el taller alguien les habrá dicho que erais amigos, y eso les basta.

Que me detengan. No me arrancarán ni una palabra. Me pondré tieso como un soldado, y les dejaré que me golpeen. Un golpe del pie del Gafas en la pierna le hizo en-

cogerse. Le entró miedo. No seas fanfarrón, a la primera bofetada empezarás a temblar...

—No puedes ir a tu casa ni volver al taller. —Una pausa. Se desabrochó el gabán. Por primera vez, se repantigó en el sofá, como queriéndose dar aires de autoridad—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi diecisiete.

—Entonces, te van a llamar pronto... Es sólo cuestión de esperar unas semanas, tal vez menos. Y ya miraremos que te manden a una brigada donde no te fastidien... todavía quedan algunas sin chinos.

Ha dicho chinos, como el Cachi. ¿Por qué les tienen tanto miedo a los comunistas? Nunca lo había entendido. El Cachi y su padre nunca le hablaron de política. Sintió que se sonrojaba porque pensó que el Gafas debía creerlo, como ellos, un crío.

—¿Sabes imprimir?

—Bueno, depende... Sé componer.

—¿Y manejar una prensa de mano?

—No he visto ninguna. Ya no se usan.

—Pero ¿puedes arreglártelas para manejarla?

—Supongo que sí.

El Gafas se levantó y mecánicamente Ramón hizo lo mismo.

—Bueno, ¿adonde voy, pues?

—Ven conmigo. De camino te explicaré.

Salieron. El aire había refrescado. En las Ramblas no había ni un coche, ni una luz. Se metieron por Buensuceso y fueron haciendo ángulos por el barrio chino.

—Aquí la policía nunca viene, no quiere molestar al puterío.

Ya, para los que bajan del frente. Si tuviera dinero... Idiota, ni se te levantaría, hoy.

El Gafas iba caminando por la calzada y Ramón tenía así la cabeza a nivel de la suya. Delante de un bar de cuya

puerta salía algo de luz vio unos granos rojizos en la mejilla del otro. A ése le falta joder...

—Las cosas están así...

En el Paralelo no había nadie. Mientras andaban por las calles estrechas, con alguna gente, no habló. No quería que pudieran escucharle. Cuánto misterio... No hay para tanto.

—¿Sabes a qué partido pertenece el Cachi?

—Coño, no eres un viejo como él. ¿Conoces a alguien de diecisiete años que no esté enterado de política ahora? Si nos la meten hasta por el culo...

—Sobre todo por el culo...

Toma, nadie diría que sabe hacer un chiste... Bueno, en todo caso ése ya no me tomará por un crío.

El Gafas lo cogió por el codo un instante, mientras subían a la acera. Una pareja de guardias de asalto se acercaba por la parte alta de la calle Nueva. Lo soltó en seguida y cuando la hubieron cruzado, continuó:

—Los comunistas nos persiguen, dicen que somos agentes de Franco, nuestros dirigentes están en la cárcel, y han asesinado a algunos de nuestros militantes.

Claro que lo sabía, aunque no entendía la causa de ese lío. El Cachi no era agente de Franco ni de nadie. Que se lo contaran a él...

—El Cachi se encargaba de imprimir nuestro periódico clandestinamente, claro. Hace un mes la policía descubrió nuestra imprenta. Pero tu amigo no estaba allí. Y los que detuvieron no cantaron. A uno lo mataron a palos. Alguien debe de haber cantado después, y ahora lo han detenido...

En la pared de un almacén, sobre el blanco desconchado y sucio, alguien había pintado con alquitrán: *Gobierno Negrín, ¿donde esta Nin?* Sin ningún acento.

Y debajo, en letras mucho más cuidadosas —porque quienes las pintaron no tenían que temer a la policía—: *En Salamanca o en Berlín.*

—Ya ves... Nin era nuestro secretario político. Lo detuvieron en junio... cuando el Cachi fue a vivir a tu casa. No se ha sabido más de él. De seguro que lo mataron. Era un gran tipo... En Salamanca o en Berlín, ¡los cabrones! Si no está en Moscú, está bajo tierra, hecho pedazos.

Esas frases pintadas las había visto muchas veces. Ni se fijaba. Ahora, de repente, parecían ponerse a vivir. Gobierno Negrín, ¿dónde está el Cachi? También dirían que en Berlín. Cabrones...

Aceleró el paso sin darse cuenta.

—Tu amigo consiguió reunir unas cajas de tipos y una prensa de mano, de esas de rollo. Y continuó haciendo *La Batalla*. Yo le llevaba los originales... de eso me conoces, ¿no? y él los imprimía por la mañana. Mucho más pesado que con la prensa plana que teníamos antes. Ahora que lo han detenido, hemos de hacer dos cosas: salvar la imprenta... bueno, esas cajas de tipos y esa prensa, y el papel, y los botes de tinta, y encontrar alguien que se ocupe de imprimir nuestro periódico.

—¡Ah, vaya! Por eso me preguntaste si sabía manejar la prensa de mano, ¿eh? Puedo aprender...

Ya está. Ya se había metido en el lío. Simplemente, con esa frase fachendosa. Claro que aprender a manejar una prensa de mano no era nada del otro mundo. Casi como aprender a sacar pruebas, y eso lo hacía todos los días centenares de veces. Pero ¿quería meterse en el lío?

—De acuerdo. Por eso te pedí que vinieras.

No has pedido nada, cabrón. Casi me lo has ordenado.

—Además, no puedes volver a tu casa, ya te lo dije. Lo más probable es que la policía esté vigilándola. Te detendrán y para ti sería peor que para el Cachi.

—¿Porque soy joven? —con resentimiento, casi.

—No, porque no sabes nada. Te pegarían y no podrías decirles nada. Eso es mucho peor. Si sabes algo, te queda el consuelo de callarlo y de hacerles rabiar y de ver que tienes todavía algún poder sobre ellos, pero si no sabes nada,